

Erich Fromm: la Terapia Humanista

El 23 de marzo fue el centenario del nacimiento del ensayista, filósofo y psicoanalista cuya obra se reedita.

BERNANDO SAVATER

Se cumplen cien años del nacimiento de Erich Fromm, ha empezado el relanzamiento en español de gran parte de sus obras y corresponde preguntarse cuál es hoy su puesto entre los maestros intelectuales de ese siglo XX que —ahora sí!— vamos dejando ya irremediadamente atrás. La verdad es que el prestigio del autor está en manos comprometedoras: no le citan los psicoanalistas de primera línea, ni los filósofos que ahora cuentan con mayor veneración en el gremio, ni siquiera los sociólogos o los politólogos de máxima severidad académica. ¿Alguien se imagina a Derrida o a Bourdieu mencionando en apoyo de sus tesis el nombre de Fromm? ¿Qué cara pondría el lector exigente que espera su ración exquisitamente oscura de Lacan o Paul de Man si se encontrase en el plato con un pincho no precisamente moruno sino más bien judaico tomado de *El miedo a la libertad* o *El arte de amar*? En cambio, ay dolor, al bueno de Fromm le pasa lo que a Camus: que los curas se le adhieren con invicta tenacidad de garrapatas. Y también las almas sencillas, benévolas y fervorosas de lo edificante, al estilo de aquella retratada con ambigua ternura por Flaubert en el cuento de la chacha y su loro. Erich Fromm es patrimonio por lo visto de los predicadores y de los semi-cultos, de cuantos en general prefieren ser positivamente estimulados o estimulantes a entender.

Pero intentemos para comenzar establecer a qué horizonte cultural pertenece Fromm. Y llama en primer término la atención que este supuesto "simple" fue también y quizá principalmente un raro entre los intelectuales del siglo. Figura en la restringida nómina de quienes nunca tomaron partido por ninguno de los totalitarismos opuestos, sin para ello refugiarse en el limbo apolítico de los demasiado "expertos" que nunca condescienden a hacer explícita e inteligible su actitud ante los conflictos cívicos que zarandean a la sociedad. Fue psicoanalista, fue marxista, se enfrentó con las armas de la crítica teórica a los nazis, a los estalinistas y al modelo acumulativo y depredador que algunos han bautizado *american way of life*. Se negó a interiorizar la guerra fría: se preocupó por indagar lo religioso pero nunca quiso identificarse con ningún estereotipo eclesial, porque creía en la relativa libertad creadora del espíritu pero no en el absoluto capricho de los fantasmas. En *Humanismo socialista*, una esforzada antología a la que bastante debemos quienes a mediados de los años sesenta éramos jóvenes pero no queríamos morir ni vivir como idiotas, se rodeó de los nombres que resultaban más próximos a sus afanes: Lucien Goldmann, T. B. Bottomore, Bertrand Russell, Ernst Bloch, Galvano del Volpe, Norman Thomas, Léopold Senghor, Herbert Marcuse, Karel Kosik, Bronislaw Baczko... No sé si eran lo mejor de que entonces se disponía en el pensamiento social, pero estoy plenamente seguro de que desde luego no eran lo peor. Incluso hoy siguen siendo preferibles a los ideólogos que tratan de convencer a los incautos de que en política ya no cuentan las ideologías sino la eficacia... ¿cómo si hubiera algo más determinado ideológicamente que la noción de "eficacia"!

Desde el primer día, el motivo por el que Freud despertó mayor escándalo entre lo que Hegel llamaba "almas bellas" y Nietzsche "los transmundanos" fue su énfasis en la

obscura (en el sentido etimológico: fuera del escenario, inconsciente) corporalidad impulsiva que subyace a todas las más aparentemente elevadas o al menos deliberadas de nuestras opciones vitales. Y se le reprochó en su día a Fromm haber rebajado ese decidido mensaje materialista con transfusiones culturales destinadas a hacerlo menos alarmante para el sujeto establecido por el racionalismo ilustrado. Sus principales críticos fueron sus colegas de la escuela de Frankfurt: Horkheimer, Adorno y más tarde, pero con decisivo impacto popular, Herbert Marcuse en *Eros y civilización*. Los tres tenían algo en común, a saber, un conocimiento muchísimo menor que Fromm de la teoría y de la práctica psicoanalítica.

Porque lo cierto es que Erich Fromm no fue menos materialista que Freud, sino que intentó serlo más. El materialismo hermenéutico no se puede reducir a establecer el subs-

trato biológico-pulsional de la conducta humana psíquicamente consciente sino que también debe atender a sus condicionamientos sociales. Las pulsiones humanas, comunes en todo lugar y época de la especie, actúan efectivamente dentro de una determinada constelación histórica: los factores naturales, estudiados por Freud, no pueden ser comprendidos del todo si se los descontextualiza de su ámbito en las instituciones sociales vigentes. Fromm llevó a cabo en esta línea de investigación trabajos de campo, por ejemplo, sobre la interrelación entre la práctica

tica una forma quijotesca de radicalismo cuando creen que son valerosos y extremistas defensores de la teoría sexual de Freud. En realidad, su tipo de psicoanálisis es conformista, y no trata de plantear problemas psicológicos que lleven a una crítica de la sociedad contemporánea" (*El arte de amar*). Por eso de todos los antagonismos contra su planteamiento, el que más hondamente le dolió a Fromm fue el de su antiguo amigo Herbert Marcuse en su tan sugestivo *Eros y civilización*... un libro en el fondo mucho más deudor de Fromm y de *El miedo a la libertad* de lo que su autor y sus entusiastas lectores sesentayochistas eran —éramos— capaces de reconocer, por encima de discrepancias anecdóticas magnificadas gracias al uso demasiado voluntarista de Freud por Marcuse!

Quizá uno de los puntos más interesantes de la obra de Fromm y de los menos conformistas sea su reivindicación del amor a sí mismo como inseparable del verdadero amor al prójimo. Para este psicoanalista heterodoxo en su humanismo anti-conformista, el amor es una forma humana de interactuar con el mundo, no la fijación en un objeto privilegiado que excluye a los demás. La elección freudiana entre el amor narcisista que renuncia regresivamente a buscar objeto exterior y el amor que se vierte hacia fuera es un dilema falso: nunca se da realmente el uno sin el otro. Para Fromm, el sujeto que alcanza la madurez psíquica —siempre relativa— jamás puede amar en detrimento propio ni ajeno: a través de todos los objetos libidinalmente acogidos —el primero de los cuales es el sujeto mismo— afirma la vida que es una y múltiple, subjetiva y objetiva. El justamente denostado "egoísmo" es un malentendido sobre el amor propio, no su culminación.

La vida de este judío alemán transplantado a Estados Unidos y después a México, que amplió a Freud con Marx y a ambos con el budismo zen y la espiritualidad mística occidental, merece ser tan conocida como su propia obra: fue un auténtico "hijo del siglo". En este sentido, la sucinta biografía ilustrada preparada por su discípulo y albacea Rainer Funk (*Erich Fromm: el amor a la vida*, Paidós) resulta imprescindible. Además del relanzamiento que Paidós prepara de sus libros (*El arte de amar*, *El miedo a la libertad*, *¿Podrá sobrevivir el hombre?*, *La crisis del psicoanálisis* y *Del tener al ser*), sería bueno que no se olvidasen algunos títulos fundamentales pero no publicados por ese sello editorial como *Psicoanálisis y budismo zen*, *El lenguaje olvidado* y sobre todo *Ética y psicoanálisis* (en Fondo, de Cultura Económica, originalmente *Man for Himself*) que considero uno de los mejores estudios de psicología moral de nuestro siglo.

Quizá en ocasiones Erich Fromm puede resultar al lector demasiado sabio —es decir, resabiado— un puntico simplón o edificante. Pero ¿no es un achaque inevitable entre quienes no se limitan a las sutilezas filológicas o a la denuncia de los males vigentes, sino que intentan recomendaciones positivas pretendidamente capaces de hacer más saludable la vida práctica del lector perplejo? Contra éstos dice el personaje ciarco de uno de los diálogos en el limbo de Santayana que "una entrometida virtud es siempre medio criminal". Soy de los que piensan que la renuncia por el intelectual supuestamente superior a cualquier estímulo ilustrado del ideal virtuoso, degradado por la mentalidad acumulativa y rapaz propia del capitalismo globalizado, no es hoy ya criminal a medias, sino por entero.



El filósofo Erich Fromm (23 de marzo de 1900-18 de marzo de 1980).

Reivindicó el amor a sí mismo como inseparable del verdadero amor al prójimo

vital, la estructura caracteriológica y las condiciones sociales de ochocientos campesinos mexicanos del Chinocuc, que demostraron la vinculación dialéctica entre las condiciones socioeconómicas y los factores caracteriológicos. Mucho antes había embarcado al instituto francurtiano en un estudio semejante sobre la formación de la personalidad autoritaria que propició el advenimiento del nazismo en la sociedad pequeñoburguesa alemana y que podía hacerlo rebrotar entre obreros y trabajadores de bajo nivel en Estados Unidos: *El miedo a la libertad* tematizó las conclusiones teóricas de tal estudio.

Para Fromm, el hincapié prácticamente exclusivo en la sexualidad del primer Freud no chocaba ya medio siglo más tarde como una provocación revolucionaria: al contrario, lo que en su día fue subversivo se había convertido con el tiempo en una coartada biologicista para no afrontar las desigualdades socioeconómicas y las malformaciones culturales del mundo de la posguerra: "Los costumbres sexuales han cambiado tanto que las teorías de Freud ya no resultan escandalosas a la clase media occidental, y los analistas ortodoxos actuales prac-

